



## Capítulo 645: Volver a ver a un amigo

Zafiro fue el primero en moverse.

Dio un paso adelante, distanciándose ligeramente de Virgilio, y echó una última mirada a la guadaña antes de volver a centrar su atención en los dos enanos. Su expresión ahora era relajada —casi divertida— como si la tensión abrumadora de momentos anteriores nunca hubiera existido.

"Bueno," dijo ella, cruzando los brazos casualmente. "Considerando que nadie murió, ninguna dimensión se derrumbó y la forja sigue en pie... Creo que es justo decir que tu deuda está pagada."

Hubo un segundo de silencio.

Entonces Brokk explotó.

"¡ME PAGÓ EL CULO!" Él gruñó, señalándola con un dedo grasiento. "Apareces aquí, traes a un lunático de aspecto antipático, nos haces forjar algo que GRITA COMO UN DRAGÓN MUERTO, casi despiertas un antiguo mal en mi forja, ¡y ahora crees que todo está bien?!"

Zafiro simplemente levantó una ceja, claramente divertido.

"¡No vuelvas aquí otra vez, desgraciado!" Brokk continuó. "¡Ni tú, ni tus deudas, ni tus malditas ideas! Si escucho tus pasos acercarse nuevamente, icerraré esta forja y me iré a vivir a un pantano!"





Sindri se aclaró la garganta, ajustó cuidadosamente sus gafas e intentó —sin mucho éxito— aportar cierto nivel de civilidad a la conversación.

"Bueno...," dijo, mirando nerviosamente la guadaña que todavía pulsaba suavemente en las manos de Virgilio. "Si es posible... realmente te pedimos que no vengas más a cobrar deudas demoníacas. Nuestro seguro no cubre entidades sensibles ni armas que eligen propietarios"

Zafiro finalmente se rió.

No fue una risa fuerte—fue ligera, sincera, casi cálida. Una risa de alguien que esperaba exactamente esa reacción.

"Oh, no te preocupes", respondió ella, dándose la vuelta. "Probablemente no seré yo quien venga la próxima vez."



Brokk se congeló.

Sindri parpadeó.

"...¿De qué se trata todo esto?" -preguntó el enano más alto, tragando fuerte.

Zafiro miró por encima del hombro, su sonrisa cargada de algo indefinible —no una amenaza, sino certeza.

"Las deudas cambian de manos", dijo con calma. "Y el mundo está... demasiado ocupado."

Luego comenzó a alejarse y el sonido de sus pasos se mezcló una vez más con el ritmo vibrante de la forja.

Vergil lo siguió, todavía sintiendo el peso de Níðhöggr en sus manos.

Detrás de ellos, Brokk murmuró algo incomprensible en el antiguo enano.

Sindri suspiró.

"...Realmente espero que 'la próxima persona' no sea peor."

Brokk resopló.

"Si es peor que ella, me jubilo."

La forja volvió a su caos habitual —martillos resonando, metal rechinando, fuego rugiendo— como si el mundo mismo hubiera decidido seguir adelante.



Pero algo había cambiado. Y todos allí lo sabían.

Zafiro se detuvo a unos pasos de la salida de la forja.

Sin prisa, extendió la mano y trazó un antiguo símbolo en el aire. El gesto fue simple, casi perezoso—, pero el suelo respondió de inmediato. Un círculo mágico se abrió bajo sus pies, complejas líneas de energía arcana entrelazándose, pulsando en profundos tonos de azul y violeta.

Vergil se acercó y apoyó a Níðhöggr sobre su hombro como si el peso de esa arma viviente ya le resultara familiar. La guadaña permaneció en silencio, satisfecha.



Echó una última mirada por encima del hombro a los dos enanos.

"Nos vemos luego, muchachos", dijo riendo suavemente, en un tono demasiado ligero para alguien que acababa de irse con un arma capaz de traumatizar a herreros milenarios.

Brokk respondió con una mala palabra tan creativa que probablemente todavía resonaría durante semanas.

Sindri simplemente suspiró, pasándose una mano por la cara.

"Odio cuando dicen 'nos vemos luego'," murmuró.

El círculo brillaba con la máxima intensidad.

Si atunci—

Desaparecieron.

El aire se cerró donde habían estado, dejando solo el olor residual de magia y metal caliente.

Silencio.

Brokk lo rompió primero.

"...¿Crees que volverán?"





Sindri no respondió de inmediato.

"...Prefiero no pensar en ello."

El mundo se reconstituyó en un abrir y cerrar de ojos.

El viento frío fue lo primero que sintió Vergil.

Estaban en la cima del monte Hua, por encima de las nubes, donde el cielo parecía más cercano y el mundo de abajo reducido a una pintura distante. El aire era puro, agudo, cargado de una energía antigua y serena —el tipo de lugar donde los dioses meditaban y los inmortales entrenaban.

Vergil ajustó la guadaña de su hombro y miró a su alrededor.

"...¿Por qué estamos aquí?" Preguntó directamente, sin andarse con rodeos. Safira caminó hasta el borde del acantilado, observando cómo las nubes se movían lentamente debajo de ellas.

"Porque todavía necesito hablar con una persona más," respondió con calma.

Virgilio frunció el ceño.

Antes de que pudiera decir algo—

Una sombra pasó sobre ellos.

O mejor dicho... una presencia.





Virgilio lo sintió primero. Una energía familiar, irreverente, abrumadoramente poderosa y, sin embargo, absurdamente casual.

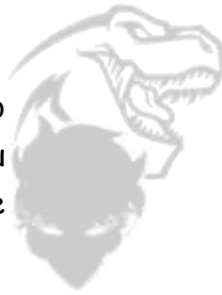
Él miró hacia arriba.

Al revés, flotando en el aire como si la gravedad fuera sólo una sugerencia, Wukong los observó.

O mejor dicho...

ella.

La diosa estaba posada en su nube voladora, con su largo cabello dorado cayendo libremente, brillando a la luz del sol como hebras de oro vivo. Su sonrisa era traviesa y sus ojos estaban llenos de esa peligrosa mezcla de curiosidad, desafío y diversión.



Inclinó la cabeza —todavía boca abajo.

"Ha pasado un tiempo desde que nos vimos", dijo, evaluándolo sin la menor vergüenza. "Hm... te has vuelto más fuerte otra vez."

Vergil sonrió al verla de nuevo.

Zafiro suspiró, cruzando los brazos.

"Wukong. Volver a la forma de mono."



Wukong hizo pucheros exageradamente.

"Oh, vamos..." Ella giró lentamente en el aire, todavía flotando. "Es mejor ser mujer delante de él."

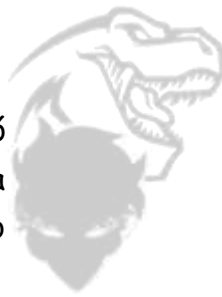
Zafiro le dio una mirada mortal.

Wukong sonrió aún más.

Instintivamente, Níðhögg vibró ligeramente sobre su hombro.

Wukong fue el primero en reír.

No fue una risa contenida ni educada— fue una risa abierta y clara que resonó en la cima del monte Hua como si el cielo mismo encontrara divertida la situación. Una vez giró en el aire, todavía boca abajo, con su cabello dorado arremolinándose a su alrededor.



"Oh... eso es nuevo," dijo ella, divertida. "Ella realmente quiere atacarme."

Vergil entrecerró los ojos por un momento.

No había hecho ningún movimiento para levantar su guadaña, no había agarrado el mango, no había desatado ninguna intención asesina. Aún así, Níðhögg vibraba sobre su hombro, bajo, tenso, hambriento—como un animal que había sentido a otro depredador invadiendo su territorio.

Zafiro se dio cuenta inmediatamente.



"Vergil," advirtió, en tono tranquilo pero atento. "No eres tú."

"Lo sé", respondió secamente. "Ella... está reaccionando sola."

Wukong finalmente giró en el aire y aterrizó en la nube, cruzando los brazos mientras observaba la guadaña con un interés casi infantil. Sus ojos dorados brillaban.

"¿Un arma con Ego que me gruñe sin siquiera ser provocada?" Ella sonrió ampliamente. "Valiente. O extremadamente maleducado."

La vibración de Níðhöggr se intensificó.

El aire alrededor de la pala se distorsionaba ligeramente, como si la realidad misma estuviera siendo exprimida. La sangre seca en los surcos parecía oscurecerse y las runas pulsaban a un ritmo irregular e irritado.



Wukong arqueó una ceja.

"Ah."

En un movimiento simple —casi demasiado casual para alguien de esa magnitud— extendió la mano.

Clang.

El sonido metálico resonó como un trueno contenido.





El Ruyi Jingu Bang surgió de su palma y se expandió instantáneamente hasta alcanzar el tamaño perfecto para el combate. El bastón dorado vibraba violentamente, emitiendo un zumbido profundo, casi furioso, como si se hubiera despertado de un sueño profundo.

La reacción fue inmediata.

Níðhöggr respondió.

La guadaña vibraba ahora con toda su fuerza, un sonido bajo y amenazante, como un gruñido apagado. El mango de hueso parecía contraerse bajo la mano de Virgilio, como si quisiera liberarse, avanzar por sí solo.

Las dos armas se enfrentaron.

No con ojos.

Pero con voluntad.

El espacio entre ellos se volvió pesado, cargado de tensión primaria. El viento en la cima de la montaña cambió de dirección, arremolinándose en cortos remolinos alrededor de los cuatro. Las nubes de abajo se agitaron, ondulando como si sintieran la fricción invisible entre dos conciencias demasiado antiguas para coexistir en silencio.

Vergil sintió el impacto primero.

No físico—mental.

Una presión directa y clara: un desafío.





Wukong también lo sintió.

Su sonrisa se amplió.

"Oh, eso es maravilloso", dijo, haciendo girar el bastón una vez con absoluta facilidad. "Él está celoso."

Zafiro cerró los ojos por un breve segundo.

"Ustedes dos...", murmuró. "Esto no es una arena."

El Ruyi Jingu Bang vibró aún más fuerte, el sonido ahora casi ofendió. Como si no estuviera de acuerdo.

Wukong inclinó la cabeza, divertida, observando la guadaña de Virgilio de la cabeza a los pies.

"Ella es insolente," comentó, riéndose suavemente. "Me gusta eso. No se doblega, no duda... y claramente no respeta la jerarquía."

Golpeó ligeramente el bastón contra la nube bajo sus pies.

"Me recuerda a alguien."

Vergil no respondió. Su objetivo principal era contener a Níðhöggr. No con fuerza bruta—sino con presencia. Con voluntad. Lentamente, ajustó su postura, plantó los pies firmemente en el suelo y respiró profundamente.





La vibración de la guadaña disminuyó.

No porque haya perdido el deseo de atacar.

Pero porque reconocía algo mayor: el control.

Wukong observó esto con genuina atención.

Luego, finalmente, hizo girar el bastón y lo hizo encoger, apoyándolo despreocupadamente sobre su hombro.

"Está bien, está bien", dijo ella, todavía sonriendo. "No hay peleas hoy."

Las armas quedaron en silencio.

Pero el respeto —tenso, agudo, absoluto— permaneció en el aire.

Wukong se inclinó ligeramente hacia adelante y sus ojos dorados se fijaron en Vergil.

"Elegiste una guadaña interesante", concluyó. "O... te eligió a ti."

Zafiro abrió los ojos.

Y suspiró.

"Ahora que los juguetes han dejado de medir la fuerza", dijo secamente, "¿podemos finalmente hablar como adultos?"



Wukong se rió de nuevo.

"Ah, Zafiro... ¿dónde estaría la diversión en eso?"

